

Reloj de arena

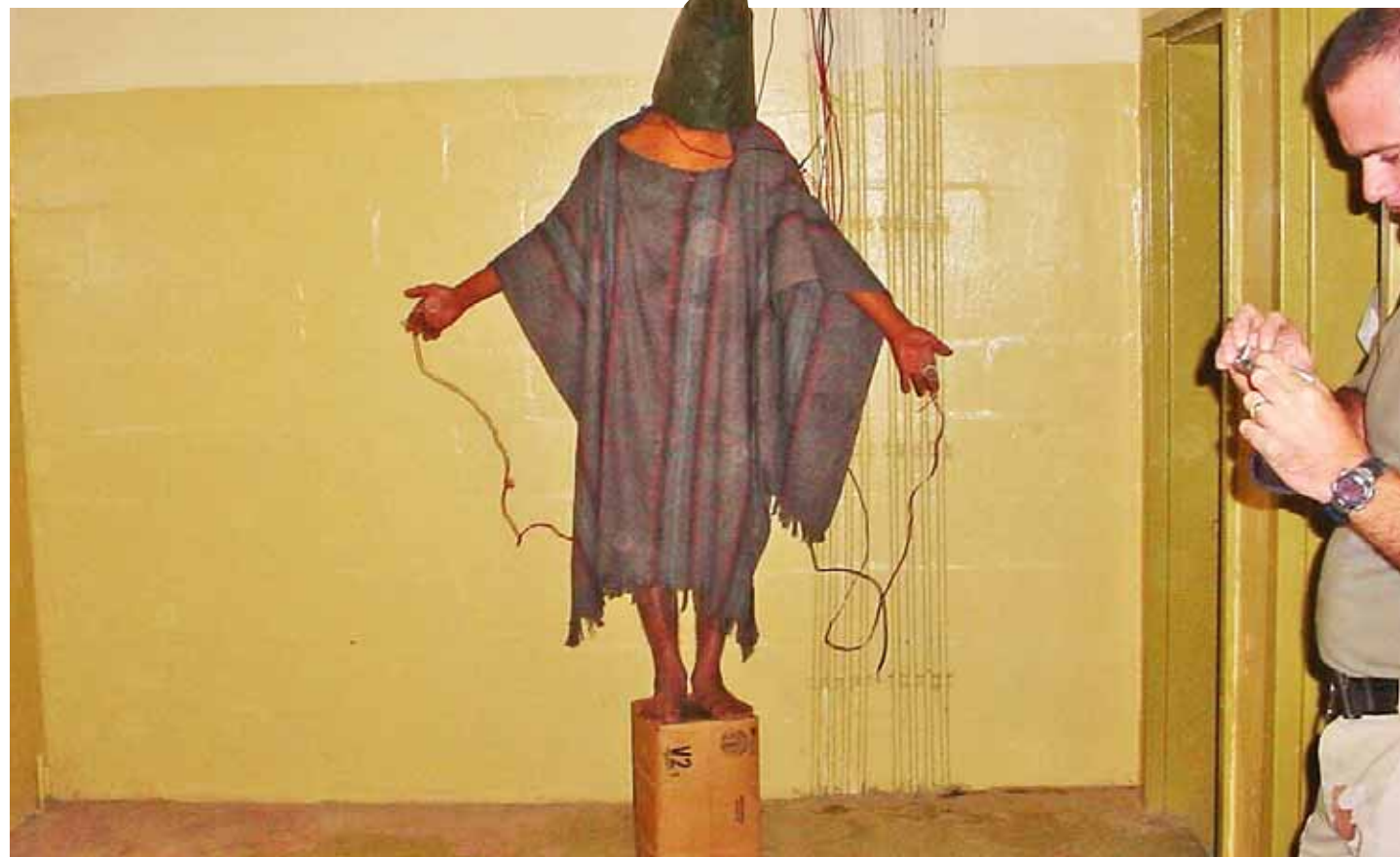
Miley Cyrus
y el efecto pornográfico

Alejandro Bruzual
relojdearenabruzual@gmail.com
alejandrobruzual.wordpress.com

No hay nada menos erótico que la realidad norteamericana. Di clases en una universidad donde los cuerpos eran ajenos a las miradas. Me sorprendió que el gesto de los jóvenes estuviera vaciado de deseo. Sin embargo, abundan bares donde las muchachas se mojan las camisas para competir por el tamaño de sus senos y ganarse una jarra de cerveza. Dibujan una sexualidad de entornos precarios, de apuestas controladas. Es que una sociedad que imposibilita subvertir los roles no puede ser sensual. A los hippies, que enfrentaron la autoridad por medios pasivos, los convirtieron en mercancía, y cuando fueron un exceso, prepararon drogas y homicidio exactos. Sin embargo, los *Weatherman underground* supieron que revolución y sexo iban de la mano, y ni el FBI pudo encontrarlos.

Creo que la carrera fulgurante de Miley Cyrus dice mucho sobre estos tiempos todavía sin etiqueta, decadencia definitiva del postmodernismo. Se llamaba Hanna Montana, un exitoso ícono televisivo de la primera adolescencia norteamericana. No sin candor, cantaba canciones escritas por su padre, un vaquero de pelo largo. Logró instalarse en una generación que hoy, apenas adulta, comienza a ejercer su consumo. Fue entonces cuando se convirtió en una osada cantante que imita a Madonna y Lady Gaga, profundizando sus atrevimientos públicos, guiada por su madre. Su principal estrategia fue la sorpresa, el cambio brusco. La modosa gringuita que sin solución de continuidad escenifica sexo y dinero en las grandes tablas, encantando a una sociedad que se jacta de puritana para juzgar a otras.

Precisamente, en esos días previos a su transformación, la universidad que me contrataba obligó a todos los profesores, incluyendo ancianos mayores de 80 años, a realizar un curso sobre acoso sexual. Prevenían mirar directamente a los ojos de los estudiantes, ni recibirlos en oficinas cerradas. Propiciaban la denuncia de terceros no involucrados. Es solo una aparente contradicción, que en realidad alberga una de las más rentables represiones de la clase media americana: la tentación de lo ilegal y una buena luna de miel compartida entre varios. Erotismo a la carta. Así se erige el desierto luminoso de Las Vegas. Sueño de una vez en la vida, el atiborramiento promocional de la prostitución realizable y el juego de azar, como la riqueza para el más osado, que nunca llega.



De inmediato, Miley se hizo también actriz porno, sin tener que someter su escuálido cuerpo a las cirugías de algún Osmel que crece donde la mujer es mercancía, y a la publicidad siempre ávida de deseos de niña. Se estructuraba así un nuevo producto siguiendo los requerimientos del marketing más reciente. Noticia de la farándula, se multiplican sus cambios de orientación sexual, su asunción representativa de feminismo y sexodiversidad, sus casas millonarias. El terreno de la industria pornográfica se desliza y hace aguas, despojando lo privado de la curiosidad erótica. Lo público abre su sexo explícito y purga la precariedad narratológica en bocas de pocas palabras. Es el ágora mercantil de nuevos tiempos sin cicuta. Se desocupan las anticuadas porno-stars, con sus gemidos desafinados y sus pestañas postizas, y levantan vuelo estos drones vaginales que colman ambientes de pecera.

Pudiéramos pensar en algunos antecedentes. Bill y Mónica y la todavía frustrada carrera política de Hillary Clinton a trois. Nunca una felatio dio tanto dinero y tantas posibilidades electorales. Los detalles permiten imaginarlo todo. El vestido con semen presidencial, congelado hasta el momento propicio, se convirtió en la metáfora del consciente político norteamericano. Y aun antes, una entusiasta Pamela alcanzó con el mismo gesto milenar más fama que con sus insinuantes siliconas paseando en las

soleadas playas de Los Ángeles. Uno de tantos ejemplos. La pornografía borra al erotismo en tiempo de ganancias financieras. Ya no es la cantidad expuesta, como le preocupaba a Barthes, sino los intereses acumulados. Cicciolina fue más coherente, saltó del prostíbulo al Congreso italiano prefigurando el éxito del irrefutable Berlusconi pederasta.

Hay que pensar las coincidencias entre Miley Cyrus y Abu Ghraib. La limitación de George W. Bush instaló un nuevo gesto pornográfico iluminando su cruzada occidentalizante. No es casual, sino previsible y natural. Así lo expresó ese uniforme vacío que se llama Linndie England, quien fue madre mientras torturaba a prisioneros iraquíes. Desnudos, los arrastraba con correas, exponiéndolos a perros feroces. Fotografió la humillación con teléfonos que la superaban en inteligencia. Y el asesino Charles A. Graner Jr., su jefe y amante, el del guión y muchas de las fotos, libre en apenas seis años. Quijote del horror, sale de nuevo con adarga digital, publicidad flaca y galgo corredor.

Guerra y espectáculo mediados por una remozada pornografía. No debería preocuparnos esos espejos que hablan, porque el erotismo siempre ha construido imágenes, pero ha cambiado de fuente. Irak expuso una vez más el rostro de la violencia y el sexo, la falsedad de los conceptos. La rentabilidad más alta del mundo no se discute, se reconfigura. Los medios de comunicación y las cor-

poraciones crean la conciencia compartida del futuro. Cuervos voladores sobre paisajes en llamas. Un ejemplo entre nosotros reza "Pégate a la que es" y nadie dice nada. Más consecuencia que causa, la homosexualidad vengativa denominada Sousa mide el triunfo de las venezolanas, aplaudidas por todos los registros sociales y supuestos ideológicos. Es la carnalidad instalada que esconde su nombre a gritos.

Quizás fueron las feministas norteamericanas las que hicieron que Hollywood resumiera todo acto sexual en unas andróginas nalgas masculinas. Pero ahora, la aplanada lombriz cantora impone nuevos retos a quien quiera competirle. Voraz, se convierte en síndrome. Ya se oye a Jennifer López preparando su coctel en El Magreb. Unas locutoras de fútbol con acento colombiano buscan cómo desnudarse en pantalla. El erotismo de verbo imperfecto. Hasta los fragmentos del amor discursivo se han deshecho en cuartos solitarios con aparatos inalámbricos. De la supuesta ingenuidad de Lewinsky a los muchachos de Bush, bombardeando arenas preñadas de las primeras civilizaciones, no hay sino un par de mandatos presidenciales, que Obama ha ratificado con el color de su indolencia. La era de Miley Cyrus comienza con todo por delante de sus pezones eréctiles. Quizás hasta la carrera política.